

## **"SABANERA", UN POEMA CAMPESTRE**

Escribe: **ERNESTO POSADA DELGADO**

Por especial deferencia de su autor, Nicolás Bayona Posada nuestro primo hermano, conocimos este lindo poemita cuando todavía estaba en borrador. Fue durante una hermosa y soleada tarde de verano, como lo recordaremos en forma inolvidable, cuando el poeta tuvo la bondad de pedirnos que se lo leyéramos. Quería oírlo y como la voz ya se había extinguido prácticamente en su garganta, acudió a la nuestra para alcanzar su deseo.

La lectura que del poema hicimos en esa ocasión nos causó varias impresiones, todas hondas y fuertes y no solo diferentes entre ellas sino hasta opuestas algunas. Impresiones profundas y variadas, acordes en todo caso con las formas en que la belleza surgió ante nuestra mente extraída de las estrofas que fluían para deleitarnos con la delicia de su sabor natural. Entonces gozamos plenamente porque, entre otras razones, no pudimos sospechar, siquiera, que el hermoso poema que leíamos era el canto

del cisne del poeta. Cómo hubiéramos podido imaginar que menos de un mes después de aquella tarde memorable, y sin darle tiempo para pulir su última obra, iba la muerte a cerrar sus ojos para siempre?

La primera de las intensas emociones que nos produjo la lectura de Sabanera, que tuvo entonces y tiene todavía hoy para nosotros mucho de sorpresa, es la que resultó de considerar cómo un hombre que desde más de veinte años antes era víctima de cruel e implacable enfermedad, que lenta pero seguramente se fue apoderando de su cuerpo para torturarlo con una semiparálisis que, si no logró inmovilizarlo por completo, entorpeció todos sus movimientos hasta reducirlo al encierro de su casa, había podido escribir esos versos, perfectos en su forma, saturados de una alegría sana y contagiosa, fresca, plena de luz, de vida y de gracia. Así lo anuncia el vate en la primera estrofa del poema, y lo anuncia para cumplirlo fielmente en el resto de la obra:

**"Rebosante de alegría  
vengo aquí, Sabana mía,  
a embriagarme de recuerdos y a cantarte mi canción:  
semejante a garza blanca  
que del tibio nido arranca  
mi canción ingenua y franca  
vuela a ti de los plumones de mi abierto corazón"**

Es admirable y sorprendente, y nosotros hemos meditado mucho sobre ello, cómo el espíritu humano, el espíritu de un poeta, purificado a fuego lento por el creciente dolor de una enfermedad incurable, pudo, gracias a una resignación ejemplarmente cristiana, perfecta y pasmosa, transformar su mismo sufrir en materia prima excelente para alegrar a los demás. Luego vienen, en suaves pinceladas, las pinturas de aquellos paisajes, de aquellas escenas campestres toscas y rudas porque fueron captadas de la vida real, pero que la mente del vate, al asimilarlas, embelleció considerablemente al hacer resaltar la hermosura natural de que estaban impregnadas. Porque, para nosotros es indudable, uno de los atributos más excelsos concedidos a la poesía, quizá el mejor porque para el hombre es el más grato, es el poder que tiene para embellecer cuanto canta, así sean, como en el caso de Sabanera, las escenas más triviales, frecuentes y hasta rutinarias del diario vivir. Gracias a ese poder, que Bayona Posada como poeta poseyó en grado muy alto, pudo presentar a nuestra imaginación, llenas de alegría, de colorido, de vida y de movimiento, y por consiguiente de rústica belleza, faenas campestres tan prosaicas y hasta vulgares como el ordeño de unas vacas en la corraleja cercana a la casa de la hacienda sabanera.

Evocados felizmente por los versos del poema vemos a los muchachos que, con la primera luz del día y soportando alegres el intenso frío que producen las heladas brisas matinales, van llegando al corral con las cantinas que de pronto llenan con la rica leche que reciben de las vacas en las amplias totumas. Los vemos, casi esfumados entre las brumas del amanecer, maneando a las madres, a las que con tier-

nos vagidos llaman los terneros, y hasta les oímos sus breves diálogos, salpicados de peoniles imprecaciones no exentas, ciertamente, de gracia encantadora.

Hay en el poema, en medio de estos cuadros de paz y de alegría bucólicas, retratos que, como el del toro y el caballo, son magistrales. En el del primero resaltan la gallardía y la bravura que, vistas en los cornúpetos del Huila, inspiraron a Rivera uno de los sonetos de Tierra de Promisión. En el del segundo se condensan, para manifestarse mejor, toda la belleza, el brío y la nobleza del fiel animal, que tan largamente describió Marroquín en las deliciosas páginas de El Moro y que junto con el perro sacó al hombre de la oscuridad de las cavernas para llevarlo al trono real de la tierra.

Luego sigue pintando el bardo nuevos paisajes, porque, como lo dijimos en el título que precede a estas líneas, el poema Sabanera es esencialmente campestre. En él, como en La Vorágine de Rivera, el paisaje lo es todo. Es el personaje, el protagonista, el héroe. Obediente al conjuro del poeta, que supo captar toda la belleza de su realidad terrena para aprisionarla en sus estrofas, nos muestra sus campos laboriosamente cultivados, donde ostentan su verdor los trigales y cebadales que se ondulan pudorosos como para evitar las caricias de la brisa; las grandes llanuras, donde pacen tranquilas e indolentes las mansas vacadas o donde ensayan su loco galopar las ariscas manadas de potros y potrancas; las pequeñas colinas, como la bella Serrezuela a cuyo pie se tiende la población de Madrid, y la de Suba, de estratégica importancia para los muiscas en tiempos anteriores a la conquista; los amplios bosques de eucaliptos, de melancólica belleza, o los pequeños grupos de ár-

boles frutales, que perfuman con sus agrestes aromas las huertas aledañas a las casonas señoriales y ofrecen a sus moradores sus bien sazonados frutos, y hasta los humildes ranchos, pobres moradas de peones y arrendatarios, bellos, gracias al aseo, en medio de su estrechez.

En esos paisajes saturados de sol, toda la naturaleza se anima, cobra vida y nuevo aliento para moverse alegre ante nosotros como bella y tímida serrana, que pasara lentamente a nuestro lado para dejarnos admirar, entre rubores y timideces, la hermosura candorosa de sus ojos o la gracia ingenua de sus sonrisas. Son cuadros que podríamos comparar con los que trazara con mano maestra Federico Mistral, el felibre de Provenza, en su Mireya, poema también campestre, para hacernos comprender la belleza del sol que ilumina, fecunda y a veces hasta calcina las amplias llanuras de la Camarga o las desoladas planicies de la Crau. La diferencia ventajosa para el bardo bogotano, está en que el paisaje provenzal es para Mistral un marco, un adorno, que embellece, aún más, a la linda campesina cuyos castos y desdichados amores con el cestero Vicente son el argumento del poema. En Sabanera, en cambio, Bayona Posada canta a toda una región de belleza natural incomparable, a la que da diversas personificaciones para trasformarla de estática en dinámica, esto es, para darle el aliento de la vida. Las figuras ilustres de don Antonio Nariño, de don José Manuel Marroquín, de los escritores de El Mosaico, de los jóvenes cachacos bogotanos que durante las guerras civiles se alistaban en los famosos escuadrones de Los Mochuelos y de Los Alcanfores para escribir con la punta de sus lanzas páginas que se han hecho legendarias de romántico heroísmo y

de gallarda nobleza, o hasta la del escritor y educador contemporáneo, don Tomás Rueda Vargas, no podían cobrar vida y movimiento en una forma mejor y en un escenario más propicio por bello y por simpático, que, como aparecen en los poemas, galopando unos sobre sus briosos corceles en busca de los campos de batalla o viajando otros a sus fincas por los pintorescos caminos de la Sabana en nobles alazanes de fino paso y bella estampa.

También hay en Sabanera paisajes nocturnos plenos de paz y de romántica melancolía, que contrastan fuerte pero hermosamente con los diurnos saturados de sol y de alegría. Son contrastes necesarios para apreciar mejor la belleza total, como los claros y oscuros en las pinturas o como las notas altas y las bajas en las armonías musicales. Es un canto a la luna, que con su blanco disco y su luz ilumina los campos, los caminos, las arboledas y hasta los amplios salones y largos corredores de las casonas, desde la media noche en adelante, para convertirlos en lugares propicios para todo lo fantástico, irreal y medroso, desde las escuálidas brujas que levantan el vuelo sobre el delgado lomo de sus escobas hasta las fosforescentes hosamentas de los monjes que durante ciertas noches abandonan sus tumbas, situadas hoy en el jardín de cierta casa de hacienda sabanera, para cantar, al compás de sus pasos, un solemne y doloroso miserere.

Sabanera es, para concluir, un canto de amor y de alegre optimismo a la hermosa planicie que como lujoso tapete de brillante verdor se extiende a los pies de Bogotá. Es una captación completa y afortunada de la belleza campestre condensada en toda una región; es la libación de lo mucho que de grato encierra

esa hermosura para darnos un poema cuya lectura deliciosa agrada sin empalagar.

Profundamente conmovidos; imposibilitados para hablar, para comentar delante del poeta la belleza de su obra y la intensa emoción que nos embargaba, nos quedamos mirándolo en silencio para meditar durante él en el sublime poder de superación dado

al espíritu humano, sobre todo cuando le ha sido concedido, también, el don divino de la poesía. Porque aquellas aladas estrofas fueron escritas por un hombre que había pasado más de veinte años de su vida en el encierro de su casa, sin más espacio para moverse que el ínfimo que separaba su lecho de enfermo de su silla de trabajo.

Bogotá, Octubre de 1967.